

leyenda del *punte de Miluce* no es historia, sino composición poética, no del todo verosímil. ¿Qué fué lo que verdaderamente ocurrió? Que á la muerte de la reina D.^a Juana, muy querida en Navarra, el reino hizo gran sentimiento y manifestó el deseo de que su hijo y sucesor D. Carlos viniera en seguida á ocupar el trono. No pudo ser tan pronta su venida como el país reclamaba, porque era en Francia necesaria su persona hasta dejar puestas en buen orden las cosas para seguridad y buen gobierno de los importantes estados que allí tenía, y con este motivo hubo alborotos y desórdenes «ocasionados, dice Alesón, *de su ausencia, y movidos de algunas personas que se daban por agraviadas y con demasiada libertad se quejaban de que no se les guardassen bien sus fueros y privilegios*: lo cual le obligó á venir al año siguiente del fallecimiento de su madre. Efectuada su coronación, se consagró al gobierno y á la administración de justicia en el reino, y la hizo muy rigurosa y ejemplar en los culpados de la sedición pasada. Mandó pasar á cuchillo á unos y ajusticiar á otros en el puente de Miluce: este rigor pareció inmoderado, y extemporáneo en la ocasión de su subida al trono, cuando la buena política le aconsejaba ostentar clemencia para hacerse amar de su pueblo; pero acaso lo estimó él necesario para hacerse temer y respetar en los pocos años que entonces tenía, pues no pasaba de los diez y nueve, considerando que á los monarcas demasiado jóvenes fácilmente se atreve el desprecio de unos y la ambición de otros. Mas esta conducta le perjudicó mucho, porque fué tenido por *malo*, y esta primera impresión duró cuanto su vida. Posible es que á la justicia ejecutada en los que habían sido cabezas de motín se hallara presente el rey, como lo relata la leyenda, y que á ella acompañaran los nefandos accidentes de que ésta la reviste: pero también es posible, y aún más probable, que se verificara como pena de antemano decretada sin forma de juicio, y mandada ejecutar por él despóticamente, sin que obste á esta conjetura la etimología de la palabra *miluce*—lengua larga,—porque este vocablo

pudo haber tenido una aplicación puramente metafórica á las inmoderadas quejas y acusaciones demasiado libres de los promovedores de la sedición. No consta que D. Carlos, para esquivarse al furor del pueblo indignado contra él, apelara á la fuga y se retirase á Francia; y cabalmente porque nada de esto hizo, es por lo que resulta inverosímil el acto de delirante y sanguinaria tiranía á que se le supone entregado en su rápida y violenta entrevista con los delegados de Pamplona.

Ni tuvo este rey la desastrosa muerte con que afean su memoria muchos historiadores. El reputado autor de la *Historia general de España*, que por haber tratado este asunto el último de todos, debió proceder con mayor ilustración que sus predecesores, dice del fin de Carlos el Malo lo siguiente: *Si el sobrenombre que conserva simboliza bien lo que fué en vida, las circunstancias de su muerte parecieron como una expiación providencial, pues murió de lepra entre horribles tormentos, abrasado además en el lecho en que yacía, que se incendió casualmente con la luz de una candela, pereciendo el rey entre los dolores de la enfermedad y los alaridos que le arrancaba el fuego de las llamas*. El inventor de semejante fábula (1) escribió que el rey había contraído el mal de la lepra, y que por la gran molestia que este fuego le producía, le propinaron unos baños artificiales de azufre; y que incendiándose por la casual aproximación de una vela el pabellón de su cama, mientras los tomaba, las llamas le envolvieron, y de las quemaduras falleció al tercer día, cuando hacía ya veintidós que guardaba el lecho. Un historiador francés, (2) engolosinado con esta relación dramática, la amplificó diciendo: «Carlos

(1) Garibay culpa de inventor de esta patraña al médico Pisciña. «Este suceso de muerte de fuego, dice, no es para mí auténtico, así por no ser verosímil que el rey estaría tan mal á recado que hubiese de suceder tan grande descuido y negligencia, como por no constar por ningún autor grave ni otra auténtica escritura, sino por solo Pisciña, que, como era médico, anduvo en esto, y en lo de las aguas de azufre, á su ordinario modo.»

(2) Dupleix.

el Malo, príncipe funesto á la Francia, murió de una muerte digna de su vida y tan horrible cuanto extraña, porque habiendo venido á una debilidad suma por efecto de sus relajadas costumbres, y á una falta de calor natural que le tenía siempre helado, los médicos determinaron meterle entre sábanas empapadas en aguardiente, y estando una noche en esta disposición, al que le cosía las sábanas se le ocurrió cortar el hilo aplicando á él la llama de la bujía, con lo que, prendiéndose el hilo, el lienzo y la cama, murió el rey abrasado y rabiando.» El mismo historiador trae otra versión no menos ridícula: «cuentan algunos, dice, que el incendio que consumió al rey de Navarra no provino de la bujía, sino de un calentador en forma de bola hueca llena de ascuas, una de cuyas chispas salió por una resquebrajadura que se hizo en la bola, prendiendo fuego á la cama. Después de este percance vivió tres días en extrema postración, espantando á los que le asistían con gritos horribles y aullidos continuos, hasta que pasó miserablemente de este mundo al otro, dejando á los príncipes viciosos é impíos un pavoroso ejemplo de la justicia divina.» Otro historiador de la misma nación (1) dió estas narraciones por fabulosas, pero escribió lo que sigue: «La opinión más verosímil es que este príncipe, habiéndose entregado toda su vida con locos excesos al vicio de la lujuria, adoleció de una lepra en gran manera fogosa y corrosiva, recompensa reservada de ordinario á los que siguen el estandarte de la impúdica Venus, y vino á morir cayéndosele las carnes á pedazos; sin que de aquellos cuentos quede de verdadero más que el haberle mandado los médicos fomentos y baños sulfurosos.»—Nuestros historiadores anteriores á Lafuente procedieron con menos pasión: el P. Mariana (2) afirmó que D. Carlos murió de lepra, pero atribuyó á exageraciones del vulgo los horripilantes estragos que se decía haber causado en él aquella erupción corrosiva;

(1) FAVIN: *Historia de Navarra*.

(2) En su *Hist. de reb. hisp.*, lib. XVIII, cap. II.

el P. Alesón (1) siguió á Garibay y al Príncipe de Viana, el cual sólo dijo que el rey «era muerto en el palacio del obispo de Pamplona, primera noche de Enero año de 1386, bien ordenado de sus Sacramentos,» y hace la reflexión, muy sensata y oportuna, de que no constando en ningún escritor antiguo fuera de Pisciña, ni en las muchas memorias que hay de aquel tiempo, el menor indicio de semejante género de muerte, cuando á ser cierta se habría consignado alguna, especialmente en los monasterios del reino, donde los monjes apuntaban con singular cuidado los casos que podían servir de ejemplo, no se le debe dar asenso.—Yanguas, por último, se limitó á decir: «murió de lepra después de largos y crueles padecimientos.»

Preciosos documentos, cuyo conocimiento debemos á la laboriosidad y diligencia de un antiguo Director de la Academia de la Historia (2), nos autorizan á nosotros para aseverar que el rey don Carlos II de Navarra, á pesar de la afrentosa antonomasia con que se le distingue, no acabó su vida desesperado y dando alaridos como un réprobo.—El verdadero cuadro histórico de la muerte de este todavía enigmático personaje, es el siguiente: Nos hallamos en Pamplona á fines del mes de Diciembre del año 1386. El rey se halla postrado en su lecho, en el palacio vulgarmente llamado del Obispo (3). Es ese lecho una ingeniosa máquina, construída probablemente por un carpintero llamado Aparici, con quien muy en breve haremos conocimiento: sostie-

(1) En la continuación de los *Anal.* del P. Moret. *Rey D. Carlos II.* Lib. XXX, cap. XIII, § VII.

(2) D. José de Vargas Ponce, autor de los preciosos tomos inéditos de *Índices del Archivo de Complos*, que ya en otras ocasiones hemos citado en el curso de la presente obra.

(3) Ya dejamos dicho en el capítulo anterior que este palacio, cedido á los obispos de Pamplona por el rey D. Sancho el Fuerte, fué reclamado como perteneciente al patrimonio de la corona por D. Felipe III, siendo obispo el Sr. Barbazan, que lo abandonó por no indisponerse con el rey, sin embargo de protestar su derecho. El rey D. Carlos, bajo cuyo reinado continuaba el litigio entre la mitra y la corona sobre la propiedad del edificio, reconoció que el derecho estaba de parte del obispo; pero á la cuenta seguía habitándolo y en él le sorprendió su última y penosa enfermedad.

nese en cuatro poleas, y tiene un aparato (*arnés* dice el texto) por cuyo medio se suspende, de manera que el augusto enfermo, al colocarle en la postura conveniente, no perciba el movimiento, ni experimente contacto alguno en las piernas, donde principalmente reside su mal (1). Pero su dolencia inspira serios temores, y Simonet Desnox es enviado el día de Navidad á Castilla con gran priesa y muy apremiante recado (2), á noticiar al Sr. Infante (3) la agravación del monarca. Lleva este expreso 10 libras de viático; y Michelet Gayzuru parte el mismo día á Aragón con 66 sueldos de salario, en busca del médico del Sr. Cardenal (4). Tanto ha empeorado al concluir el año, que ya se anuncia próximo su fallecimiento. En semejante situación, los Regidores del reino acuerdan enviar mensajeros á Sangüesa y Estella, para que los recaudadores vengán á la corte á manifestar el estado de las rentas de la corona (5), negocio muy principal en aquella época de turbulencias y necesidades continuas, de escaseces y empeños.—Espira D. Carlos el día 1.º de Enero, é inmediatamente salen de Pamplona, despachados por los dos Regidores, que son el obispo de Bayona, confesor del rey, Fr. García de Eugui, y el Alférez del reino Carlos de Beaumont, dos mensajeros, uno á Castilla á noticiar al Infante heredero la muerte de su padre, y otro á Tudela para reunir fondos de los recaudadores de rentas (*recibidores é impositores*), y hacer acopio de cera, que por lo visto escasea en la capital. Es aquel el escudero Martín de Aybar, que lleva asigna-

(1) *Partidas en la enfermedad del Seynor Rey. Primeramente fusta para facer un Lecho sobre quatro Poleas, et para facer tres... para cargar, que non tocasse en las cambas del Rey. Item para facer este Lecho con su arnés, etc.*

(2) *Con gran queja*, dice el documento.

(3) D. Carlos, que luégo fué el 3.º de este nombre, apellidado por antonomasia el Noble.

(4) *Á Michelet Gayzuru en el dicto dia (de Navidad) por hir en Aragon por el fisigo (médico) del Cardenal, 66 sueldos.*

(5) *«Por mandaderos imbiados por los dictos Seynores regidores el Obispo de Bayona et el Alferiz. Por dos mandaderos imbiados á Sangüesa et á Estella en el Postrimero de Diziembre á los Recevidores por los facer venir á Pamplona por saber deillos qual finanza podran dar por el negocio del Rey, 20 sueldos.»*

dos 40 florines, y estotro el secretario del difunto rey, Pere de Guirior. Envíase también al maestro Gil de Murieillo á Aragón á participar al Cardenal el lamentable suceso, y á otros asuntos (1); y al mismo tiempo se va disponiendo todo lo necesario para el embalsamamiento del cadáver, el entierro, las exequias, etc.—Es evidente que el rey no ha muerto sino de una enfermedad que por sus naturales trámites ha llegado al funesto desenlace previsto, y que el drama del incendio de la cama y de su horrendo fin entre convulsiones y alaridos, es mera patraña. Y hay una circunstancia que corrobora nuestra conclusión, como vas á ver en seguida cuando te describa su curioso embalsamamiento.

Llega el miércoles 2 de Enero de 1387 del nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo (1386 de la Encarnación según el uso promiscuo de aquel tiempo). En el coro de la vieja iglesia románica de Santa María, hoy catedral iruniense, desde la hora del mediodía están cavando y sacando tierra para hacer una fosa varios peones, entre los cuales veo á Juan de Zuaru, Pero de Arazuri, Miguel de Iruspieta, Martín Dayllo, Peret Dolaverri, el mozo Lope de Artiga, Peruco de Aranza y Lopeco de Esquirós. Cada uno de éstos cobrará 12 sueldos de jornal, dando por terminada su faena en toda la noche. El hortelano Pero Zia, que ha alquilado su rocín para acarrear la tierra, recibirá otros 12 sueldos; y luégo los albañiles (*mazoneros*) Pascual de Salinas, Miguel Baztán, Sancho de Berriz y aquel mismo Lope de Artiga que ahora cava el suelo, acarrearán piedra, la aparejarán y comenzarán al amanecer del jueves á revestir la fosa, con otros 12 sueldos de salario, más 8 sueldos para el mozo de Miguel Baz-

(1) *«A Martín de Aybar, escudero, por hir en Castiella al dicto Seynor Infante por facer saber la muert del Rey, primero dia de Jenero, 40 Florines á 22 sueldos seis dineros Pieza. A Pere de Guirior, Secretario del Rey, el qual fué imbiado por los Rexidores á Tudela, á los Recevidores é Impositores por facer finanzas de dineros et cera.»—«A el maestro Gil De Murieillo por hir en Aragon al Cardenal por decir la fin del Rey y otras mandaderías, 20 florines.»*

tán que les sirve de ayudante (1). Cuando el cadáver del rey, despojado del corazón y de las entrañas—destinado aquel á Santa María de Ujué, y éstas á Santa María de Roncesvalles, según la disposición última del egregio finado—ocupe su sepultura, el mazonero Lope de Artiga la enlosará y cubrirá por 20 sueldos; Miguel Baztán, albañil también, hará de piedra *la calzada delante del altar de dicho coro, donde se cantan las misas del rey*; y además se le darán 40 sueldos por enlosar y cubrir de piedra la huesa del rey D. Felipe, padre de D. Carlos *el Malo*.

Aquel monarca tan temido, todo rigor é ímpetu, que desde su advenimiento al trono se granjeó el triste sobrenombre que, alternando con el de *justiciero*, le señala la historia, yace ahora, tronco inerte y deforme, sobre una mesa del palacio donde celebraron sus áulicos sus terribles triunfos, sus consejeros sus sabias medidas de gobierno, sus familiares sus buenas obras, y sus juglares y bufones sus regios deportes, entregado al cuchillo del judío Samuel (2), que va á abrirle en canal para extraer su corazón y sus entrañas é introducir en su cuerpo los ingredientes destinados á preservarle de la corrupción (3).—Ejecutábase en aquel tiempo el embalsamamiento con lo que se llamaban *especies*, vocablo que reservamos hoy para designar ciertos vegetales con que se sazonan los manjares y guisados; y para embalsamar el cadáver del rey se compraron á Pere D'Añorbe 8 onzas de mirra, 6 de áloe sucotrina (4), 3 de algalia y almizcle (5), 3 de sándalo (6), otras tantas de nueces de ciprés, media onza

(1) Los nombres de estos peones y artesanos, sus jornales y sus tareas, están minuciosamente consignados en el documento que voy utilizando.

(2) Bajo el título común de *expensas* figura la partida de lo que se dió á Samuel por su salario de obrir el cuerpo del Rey.

(3) *Para adobar el cuerpo del Seynor Rey*, dice el texto.

(4) Es el áloe de la isla de Socotora reputado como el mejor. Se equivocó Yanguas haciendo dos drogas distintas, *áloes* y *cicotrin*, de una sola.

(5) *Gali et musquet*, dice el texto.

(6) No acertamos con la equivalencia del *sendals muscacerin* del documento ms.

de lináloe (1), y además alumbre de roca, resina, goma arábiga, etc., en cantidades que no se determinan.—Compráronse asimismo los lienzos necesarios para envolver el cadáver despojado de su corazón y entrañas; y fueron: una pieza de tela para el sudario, y para la envoltura una cantidad no indicada, pero considerable sin duda porque á pesar de la confusión con que está extendida la cuenta, sin dificultad se colige que fueron muchas telas las que le rodearon al cuerpo, las primeras enceradas y engomadas, y las otras no. ¿Para qué fin eran estos lienzos encerados y engomados? No lo revela el que redactó el documento; pero si es cierto, como parece, que el rey padecía de lepra ó de cualquiera otro humor maligno—conjetura comprobada por la circunstancia de que la cama, como queda dicho, estaba construída de manera que no le tocara en las piernas—el hacer esos lienzos impermeables con la goma y la cera pudo tener por objeto el que no se evaporasen las sustancias aromáticas empleadas en el embalsamamiento, y se concentrase más su virtud preservativa de la descomposición del cadáver. Que este no se hallaba en el estado que supuso Favin, áparece bien claro del mero hecho de haber sido embalsamado. Si el rey hubiera muerto *cayéndosele las carnes á pedazos*, aquella operación hubiera sido imposible.

Veamos qué se hizo con el corazón y las entrañas del ilustre difunto. Habíanse comprado á Juan el estañero dos picheles de estaño, uno para el corazón y otro para los intestinos, que costaron 50 sueldos; y Samuel hizo la disección metiendo en cada recipiente la parte que allí había de conservarse, que suponemos llevaría el correspondiente *adobo* (como se dijo del cuerpo) para curtirla. El mismo estañero soldó ambos picheles, pagándosele por su trabajo 33 sueldos y 3 dineros (2), y después de termi-

(1) Lo mismo que áloe: es decir que se compraron 6 onzas del sucotrina y media de áloe común.

(2) «A Juan Iestayner por dos Picheres de Estayno por meter el corazon et los Entestinos del Rey, segun su Ordenanza, 50 sueldos. A eill por su salario de soldar aquellos, 33 sueldos y tres dineros.»